

**3**

**APORTES PARA EL ESTUDIO  
DEL DISCURSO POLÍTICO EN LAS  
SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS  
EL CASO DEL KIRCHNERISMO**

*Mariano Dagatti*

## RESUMEN

Los estudios del discurso ofrecieron a las ciencias sociales herramientas más eficaces para el procesamiento de objetos textuales, aportando a su renovación teórica y metodológica. El presente artículo, dentro de este marco, tiene por plan general ofrecer, en primer lugar, una reflexión acerca del análisis del discurso como disciplina relevante para aportar a un estudio de los procesos políticos de identificación que intervienen en la conformación de las sociedades contemporáneas, y, en segundo lugar, dar a conocer resultados de una investigación en el ámbito del discurso político que sea ilustrativa de los aportes disciplinarios. Una parte inicial estará destinada a brindar argumentos acerca de por qué entendemos que el discurso político como tipo discursivo permite explicar en alguna de sus dimensiones constitutivas el funcionamiento de un régimen político, regulando los cruces entre las dinámicas de consenso y conflicto que constituyen el diseño de cualquier república. Para ello, no obstante, es preciso tener en cuenta cierto número de características que definen no sólo qué es un discurso como categoría epistemológica, sino además el estatuto genérico de un discurso político en las democracias mediatizadas. La segunda parte tendrá por materia la síntesis de un estudio acerca de las relaciones entre *ethos* y gobernabilidad en los discursos públicos del ex presidente Néstor Kirchner durante su primer año de gobierno. El propósito último será contribuir a demostrar que las deliberaciones acerca de los fenómenos políticos demandan estudios que exceden los límites de una concepción fáctica de las dinámicas políticas.

### PALABRAS CLAVE

- > análisis del discurso
- > discurso político
- > kirchnerismo

**ABSTRACT**

Discourse studies offered in the social sciences most effective tools for the processing of textual objects, contributing to its theoretical and methodological renewal. This article, within this framework, offers, firstly, a reflection on discourse analysis as a relevant discipline to contribute to a study of political processes of identification involved in the formation of contemporary societies, and, secondly, to present research's results in the field of political discourse that would be illustrative of the disciplinary inputs. An initial part will be dedicated to provide arguments about why we understand that the political discourse as a discursive type could explain, in any of its constituent dimensions, the processes of a political system, regulating the crossings between the dynamics of consensus and conflict that design any republic. This, however, must take into account a number of characteristics that define not only what a social discourse is as epistemological category, but also the generic status of a political discourse in mediatized democracies. The second part will schematizes the synthesis of a study on the relationship between ethos and governance in public discourses of former President Nestor Kirchner during his first year in office. The ultimate purpose is to help demonstrate that the discussions about political phenomena require studies beyond the limits of a factual understanding of political dynamics.

**KEY WORDS**

- > discourse analysis
- > political discourse
- > kirchnerism

## 1. INTRODUCCIÓN

La problemática de los discursos ha recorrido la médula de los estudios sociales en los últimos sesenta años. El llamado “giro lingüístico” fue el intento de situar el lenguaje en el centro de las deliberaciones humanas: para estudiar al hombre había que analizar lo que ocurre cuando se comunica y se entiende con sus semejantes. Como movimiento, tuvo por característica principal la inversión de las relaciones tradicionales entre conocimiento y lenguaje, colocando en primer plano las mediaciones del lenguaje para conocer el mundo social. La influencia de este “giro” se ha extendido a todas las ciencias humanas y sociales, en especial a aquellas, como la semiótica y el análisis del discurso, que se han ocupado en indagar, como anunciaba F. de Saussure, “la vida de los signos en el seno de la vida social”. La imposibilidad de pensar esta “vida social” por fuera de los límites del lenguaje y el carácter simbólico de toda relación intersubjetiva han puesto al análisis del discurso entre los principales dominios de saber para reflexionar sobre las sociedades contemporáneas.

Este artículo tiene por objetivo general formular algunas consideraciones acerca del análisis del discurso, y en especial acerca del discurso político, que contribuyan a futuras investigaciones en torno a la configuración y la mutabilidad de las identidades políticas que dan forma al cuerpo social en las democracias contemporáneas. Los discursos políticos involucran procesos de identificación que dan cuenta de las prácticas y los imaginarios sociales de una comunidad determinada. Estudiar la palabra política adquiere, en esta dirección, relevancia en el intento por describir y comprender las dinámicas discursivas que operan en el proceso de establecimiento de contratos de mediación entre las instancias política y ciudadana. Con el fin de ilustrar estas imbricaciones, una segunda parte del artículo tendrá por motivo breves apuntes extraídos de una tesis acerca de las relaciones entre *ethos* y gobernabilidad en los discursos públicos del ex presidente Néstor Kirchner durante su primer año de gobierno<sup>1</sup>. Este ejemplo

<sup>1</sup> La tesis en cuestión fue el resultado del cursado de la Maestría en Análisis del Discurso en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Su título es “*Ethos* y gobernabilidad. La construcción de la imagen de sí del presidente Néstor Kirchner en sus discursos públicos durante su primer año de gobierno (2003-2004)”.

proporciona elementos para defender la idea de que, con independencia de los proyectos y partidos políticos, las perspectivas económicas y los escenarios regionales e internacionales, la adhesión a una fuerza política, depende en gran medida de la dimensión socio-discursiva de las prácticas políticas: así, la comprensión del kirchnerismo como proceso político en una particular instancia de poscrisis –la relegitimación de la esfera política y de la figura presidencial entre los ecos de 2001; la articulación, a primera vista difícil, de tradiciones, imaginarios y sectores de la vida política nacional– exige reparar en las facetas discursivas que todo proceso de identificación entraña.

## **2. BREVES CONSIDERACIONES ACERCA DEL DISCURSO Y SU POLITICIDAD**

El análisis del discurso ha aportado a una renovación teórica y metodológica de las ciencias sociales desde su emergencia como espacio interdisciplinario de investigación hacia fines de los años sesenta. Su conformación fue el corolario de la convergencia de dominios seculares de las ciencias humanas (lingüística, semiótica, crítica de la ideología, estructuralismo), surgidos entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, y de la renovación de prácticas antiquísimas de estudios de textos (retóricas, filológicas o hermenéuticas). La designación, lejos de ser monolítica, subsume diversas escuelas y perspectivas: entre las principales, la Escuela francesa de análisis del discurso (Pêcheux, 1969), la lingüística de la enunciación (Benveniste, 1966, 1974), la teoría polifónica de la enunciación y la teoría de los bloques semánticos (Ducrot, 1984, 2005), el Análisis Crítico del Discurso (Fairclough, 1988; Wodak, 1996, 1997), la lingüística del discurso (Maingueneau, 1976, 1987, 1997; Amossy, 1999, 2000), la teoría de los discursos sociales (Verón, 1988), las pesquisas en torno al discurso social (Angenot, 1980, 1989).

El cruce del análisis del discurso con la sociología, la filosofía, la semiología, la historia, las teorías políticas y literarias, la antropología y el psicoanálisis evidencian a la vez la inestabilidad y la potencia heurística de este campo de investigaciones: los trabajos de R. Barthes (1957, 1966), M. Foucault (1969,

1971) y E. Laclau (1985, 2005), por mencionar las obras más difundidas en la Argentina, son hitos de esta intersección. Atentas a la diversidad de prácticas discursivas humanas, las tendencias analíticas contemporáneas oscilan entre la fidelidad a los legados de las escuelas pioneras, no exenta de disputas por la legitimidad de las herencias, y la búsqueda de convergencias teórico-metodológicas entre diferentes tradiciones, cuyo afán por la creatividad analítica raya en ocasiones con un eclecticismo práctico.

## 2.1. LA DISTINCIÓN DEL DISCURSO POLÍTICO

El discurso político ha sido un objeto de estudio predilecto dentro del análisis del discurso, en particular en Francia. Mientras en los Estados Unidos se describían textos científicos, aplicando los procedimientos definidos por Z. Harris en *Discourse Analysis* (1969), en Alemania se elaboraban gramáticas del texto, y en un número importante de países se desarrollaban diferentes tipos de pragmáticas textuales, las investigaciones discursivas realizadas en Francia, en cambio, demostraban interés por describir el mismo género de objeto, el discurso político, valiéndose de un mismo tipo de método, una combinación entre el análisis distribucional y las identificaciones enunciativas, con una marcada inclinación por los textos impresos y los documentos oficiales<sup>2</sup>. Visto desde el presente, el análisis del discurso político fue la llave de acceso para quienes buscaban abrir el camino de una nueva disciplina, en un momento en que las perspectivas analíticas excedían los márgenes de la lingüística y las dificultades para integrarse con las ciencias sociales eran crecientes.

Las consideraciones acerca del discurso político abundaron en la configuración del análisis del discurso por razones eminentemente históricas: el progresivo interés por el discurso en el interior de la lingüística francesa es contemporáneo de la coyuntura política de los años sesenta. La teoría de los aparatos ideológicos de L. Althusser, inspirada en la relectura de la obra de K.

<sup>2</sup> Si consideramos la totalidad de los trabajos en análisis del discurso efectuados durante los años 1960-70, “el peso de las descripciones de *corpora* políticos –según J. J. Courtine en *Metamorfoses do discurso político. Derivas da fala pública* (2006: 51)– es considerable y sobrepasa ampliamente los análisis sobre el discurso pedagógico, científico y sobre los diversos *corpora* tratados por los historiadores”.

Marx, y el giro lingüístico del psicoanálisis bajo la égida de J. Lacan, ofrecieron al análisis del discurso en Francia fundamentos singulares de operación, en un contexto de transformaciones radicales. La corriente dominante en esos años, conocida con el nombre de “Escuela francesa”, gravitó en torno a un conjunto de investigaciones que surgió a mediados de los sesenta y que tuvo por consagración la aparición del número 13 de la revista *Langages* en 1969, titulado “L’analyse du discours” y del libro *Analyse automatique du discours*, de M. Pêcheux, el principal referente de esta corriente. El núcleo de estos trabajos fue un estudio de la palabra política que tomaba por postulado la indisociabilidad de lengua e historia en el orden del discurso, utilizando una metodología que conjugaba la lingüística estructural con una “teoría de la ideología” de corte marxista-laciano: el discurso era entendido como una de las formas materiales de la memoria histórica, el sujeto, otrora “fuente del sentido”, era denunciado como “una ilusión”, y el texto aparecía como una plenitud engañosa cuya “inconsistencia” fundamental el análisis debía revelar, enlazándolo con el “trabajo” de fuerzas inconscientes<sup>3</sup>. El objetivo principal era “pensar la relación de lo ideológico y lo lingüístico evitando igualmente reducir el discurso al análisis de la lengua y disolver lo discursivo en lo ideológico”<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Para M. Pêcheux, el sujeto del discurso no se pertenece a sí mismo, se constituye “por el olvido” de aquello que lo determina. Como el barón de Münchhausen, que “se elevaba por los aires tirando de sus propios cabellos”, un individuo es interpelado como sujeto de su discurso “por identificación (del sujeto) con la formación discursiva que lo domina”, al estar sobredeterminado por preconstruidos ideológicos. Véase “Ideología, interpelación, ‘Efecto Münchhausen’”, en Pêcheux, M. (2011) *Semântica e discurso: uma crítica à afirmação do óbvio*. Unicamp, pp. 137-144.

<sup>4</sup> La ideología fue objeto de múltiples definiciones por parte de autores tan diversos como K. Marx y F. Engels, R. Aron, L. Althusser, R. Boudon, E. Balibar, etc. Véase, por ejemplo, S. Žižek, *Ideología. Un mapa de la cuestión*. A pesar de las notables diferencias, en las décadas de 1960-1970 existía cierto consenso en cuanto a definir la ideología como “sistema global de interpretación del mundo social”, dotado de “una existencia y un rol históricos en el seno de una sociedad dada”. El concepto resulta decisivo para el análisis del discurso francés de los sesenta y setenta. L. Althusser desarrolla por entonces una teoría según la cual la ideología representa una relación imaginaria de los individuos con su existencia, que se concreta materialmente en aparatos y en prácticas. A su juicio, la ideología está ligada a lo inconsciente por el sesgo de la interpelación de los individuos como Sujetos: el sujeto como “efecto ideológico elemental”. Por referencia a la vez al marxismo y a la teoría laciana de lo inconsciente, la mayoría de los fundadores del análisis del discurso “a la francesa” se inscriben en el marco de esta teoría. Entre 1969 y 1983, lingüistas, historiadores y filósofos inspirados por M. Pêcheux se esfuerzan en articular teoría del

Con la progresiva retracción del marxismo y, en general, del pensamiento crítico en las ciencias humanas, la “Escuela francesa” fue poco a poco marginada; sin embargo, la problemática del discurso político no permaneció encerrada en el ámbito galo sino que emigró al extranjero, sobre todo a los países francófonos y a los de lengua romance. En nuestro país, los estudios del discurso político, de marcado predominio francés en sus inicios, presentan en la actualidad, y como el resultado de confluencias a menudo prácticas y de exclusiones con frecuencia pertinaces, orientaciones particulares deudoras a menudo de la teoría de los discursos sociales de E. Verón, de quien *Perón o muerte: Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (1985), escrito en colaboración con S. Sigal, y “La palabra adversativa: observaciones sobre la enunciación política” (1987) constituyen dos trabajos señeros<sup>5</sup>; la lingüística de la enunciación, heredera de las obras pioneras de E. Benveniste y en diálogo fructífero con las producciones teóricas –más o menos recientes– de O. Ducrot; el Análisis Crítico del Discurso<sup>6</sup>, que tiene en los desarrollos sistémico-funcionales de M. Halliday (cf. *El lenguaje como semiótica social*, 1979) y en el Foucault arqueólogo (1969) sus principales referencias teórico-metodológicas; y las tendencias francesas contemporáneas

discurso y teoría de las ideologías. Esta articulación se cristaliza en unas cuantas fórmulas que hicieron época: el recurso a la “formación discursiva” de M. Foucault y su reformulación en el terreno del marxismo, la definición del preconstruido como “impensado del pensamiento” y la determinación de la noción de interdiscurso como puente entre ideología, inconsciente y discurso en *La Verité de la Palice* (1975) de M. Pêcheux. Vale la pena consultar, al respecto, las entradas “Análisis del discurso”, “Discurso” e “Ideología” en el *Diccionario de análisis del discurso*, compilado por D. Maingueneau y P. Charaudeau.

<sup>5</sup> Si bien dista de conformar una de las principales corrientes de investigación, la lingüística de la enunciación de A. Culioli ha tenido una creciente influencia en los estudios del discurso en nuestro país. La publicación reciente de la primera compilación de sus escritos, preparada por E. Verón y S. Fisher, no hace más que confirmar esta apreciación. Véase A. Culioli, *Escritos*, Santiago Arcos Editor, 2010.

<sup>6</sup> El Análisis Crítico del Discurso (ACD) es la teoría contemporánea que más atención dedica a la categoría de ideología, aplicada en particular al sexismo y al racismo y asociada a corrientes cognitivistas. En más de un sentido, el ACD ha tomado la posta de la “Escuela francesa”, mientras que las tendencias actuales del análisis del discurso francés han *diluido* el concepto de ideología en el estudio de las representaciones y estereotipos sociales, así como en el tratamiento de los elementos dóxicos. La eficacia en la presentación de sí de un orador en una cultura dada, por ejemplo, depende, según esta perspectiva, del arsenal de representaciones colectivas en las que éste ancla el despliegue retórico de sus pruebas técnicas.

de análisis del discurso (cf. D. Maingueneau, P. Charaudeau, R. Amossy) que, herederas de los trabajos de M. Pêcheux (1969, 1975) y J. J. Courtine (1981), procuran articular la importancia que conceden al interdiscurso con los aportes de las teorías de la enunciación lingüística y la retórica post-perelmaniana, en pos de reflexionar acerca de las relaciones entre discursos y sobre los modos de inscripción del sujeto en las prácticas discursivas<sup>7</sup>.

## **2.2. NOTAS SOBRE EL DISCURSO POLÍTICO EN LAS SOCIEDADES MEDIATIZADAS CONTEMPORÁNEAS**

Las relaciones entre los fenómenos sociales, las ideologías y las formas de consolidación y desintegración del poder en las sociedades occidentales contemporáneas han sido una temática recurrente en los estudios del discurso. Bajo sistemas de categorías diversos, el análisis del discurso político ha emprendido la tarea de establecer una reflexión crítica en torno a las prácticas políticas, cualquiera fuera el régimen político en cuestión, su origen, su institucionalidad y sus tradiciones. El objetivo de fondo refiere, en líneas generales, a ofrecer pistas para indagar las dinámicas de identificación y antagonismo entre los diferentes sectores y actores políticos: el modo en que sus cosmovisiones, sus tradiciones, sus estrategias, sus conflictos se potencian, se resisten, se traducen, se disputan espacios de representación y poder. Sabido es que los discursos políticos involucran procesos que dan cuenta de las prácticas e imaginarios sociales de una comunidad determinada: su sentido histórico, sus valores, sus

<sup>7</sup> Durante largo tiempo sometida al “efecto Münchhausen”, la cuestión del sujeto es retomada por las tendencias francesas de análisis del discurso actuales en la preocupación por conciliar el postulado del “sujeto sujetado”, heredado de la tradición althusseriana-pêcheuxtiana, con la dimensión *estratégica* del sujeto de la retórica. Así, por ejemplo, según la perspectiva de P. Charaudeau, la estructuración de un acto de lenguaje incluye dos espacios: un *espacio de restricciones* que comprende los datos mínimos que es preciso satisfacer para que el acto de lenguaje sea válido, y un *espacio de estrategias* que corresponde a las posibles elecciones que pueden hacer los sujetos como puesta en escena del acto de lenguaje. Véase al respecto *Discurso político* (2006) de P. Charaudeau. Asimismo es destacable al respecto el capítulo de R. Amossy “Aportes para una distinción: dialogismo vs. polifonía en el análisis argumentativo”, publicado en J. Bres et al. (2005) *Dialogisme et polyphonie. Approches linguistiques*, Bruselas: Ed. Duculot.

movilizaciones en función de objetivos e ideales, su identidad como pueblo, sus modos de representación y delegación, la manera consuetudinaria de articular eficazmente sus conflictos y reclamos.

Estudiar un discurso político significa, en este sentido, habérselas con una materia social que presenta marcas de sus condiciones productivas y que no resulta “signo de otra cosa”, sino –como afirma M. Foucault (2004: 65)– la “consistencia” propia de lo real social. Ahora bien, el modo de explorar esta *consistencia de lo real* encuentra en las diferentes corrientes de investigación respuestas a menudo dispares, tanto en lo que respecta a la noción de discurso como, de modo específico, a las características que hacen de un discurso cualquiera un discurso *político*.

La categoría de discurso ha operado, por lo común, en función de una serie de oposiciones clásicas (discurso vs. oración, discurso vs. lengua, discurso vs. texto, discurso vs. enunciado) que fueron, empero, perdiendo peso en la medida en que diversas corrientes semióticas y pragmáticas refirieron al discurso, de manera más o menos regular, a sus condiciones de producción, circulación y recepción (cf. Courtine, 1981; Verón, 1988; Maingueneau, 1989; Charaudeau, 2006)<sup>8</sup>. Así pues, en el legado de estas perspectivas teórico-metodológicas, es posible entender por *discurso* una categoría que enlaza, a través de un dispositivo de enunciación, “una organización textual y un lugar social determinados” (Maingueneau, 1993: 13). Asimismo, la noción postula una orientación, una forma de acción (todo discurso constituye un acto dirigido a modificar una situación), y envuelve una interacción o dialogismo constitutivos, que, por un lado, suponen la presencia de otra instancia de enunciación a la cual se dirige el locutor y con respecto a la cual construye éste su propio discurso, y, por otro, la existencia de una dimensión interdiscursiva que “sujeta” al locutor y lo atraviesa. Finalmente, el discurso debe ser concebido como un acto contextualizado, “un lugar investido de sentido” (Verón, 2004: 48), que contribuye a definir su contexto y a modificarlo, y como fenómeno regido por normas, ya que ninguna práctica discursiva puede ejercitarse sin justificar su derecho a presentarse de la forma en que lo hace.

<sup>8</sup> La exposición considerará en lo que sigue los aportes nocionales de la teoría de los discursos sociales y de las tendencias francesas de análisis del discurso y dejará de lado otras perspectivas contemporáneas de investigación en el dominio de los estudios del discurso.

El análisis del discurso político, tal como lo entendemos, entrevé en estos postulados de la categoría de discurso fundamentos epistemológicos, teóricos y metodológicos para reflexionar acerca de los procesos de incorporación de las subjetividades sociales a ciertos proyectos, objetivos o consignas políticos. Pero ¿qué define la *politicidad* de un discurso? Los fenómenos políticos sobrepone componentes de diverso orden: culturales, jurídicos, morales, psíquicos. La reflexión acerca de la palabra política tiene una variedad de perspectivas posibles y, sin lugar a dudas, está ligada al modo en que interactúan estos componentes en una coyuntura histórica. Las condiciones de enunciabilidad política están atravesadas por sistemas tecnológicos e ideológicos que cambian con el devenir de las sociedades y que definen la circulación *política* de una palabra en la esfera pública: que una confesión de infidelidad sea a la postre un discurso político homologable a un discurso público en una campaña electoral depende, por ejemplo, menos de las características inmanentes del discurso político que de la progresiva relevancia en nuestras sociedades mediatizadas del espacio privado como asunto público.

Las definiciones del *discurso político* como tipo discursivo subrayan, a grandes rasgos y según el caso, la economía funcional del discurso, el campo social de pertenencia o la situación de comunicación en la que se inscribe. En *Perón o muerte*, E. Verón y S. Sigal afirman que enunciar un discurso político consiste en situarse a sí mismo como enunciador y en disponer tres tipos de destinatarios diferentes, por medio de constataciones, explicaciones, prescripciones y promesas, en cuanto a las entidades del imaginario político: por un lado respecto de aquellas entidades con las cuales el enunciador busca construir una relación, es decir los metacolectivos como “la nación”, “la república”, “el pueblo”, y por otro, respecto de las entidades que fundan la legitimidad de la toma de palabra, o sea colectivos de identificación del tipo “nosotros, los argentinos”, “nosotros, los socialistas”, “nosotros, los peronistas”. Según los autores, la enunciación política resulta inseparable de la construcción de un adversario y, en correlato con ello, supone en sí misma la construcción de una imagen de sí y de una imagen del otro, al mismo tiempo que la apelación a destinatarios terceros que han de arbitrar a favor, en contra o desde la indecisión más absoluta (Sigal & Verón, 2004: 18 y ss.). La economía discursiva de la palabra política estaría, entonces, signada por tres funciones: una función de

refuerzo respecto de un prodestinatario (el prosélito), una función de polémica respecto de un contradestinatario (el adversario) y una función de persuasión en lo que concierne el paradestinatario (el indeciso).

P. Charaudeau, por su parte, en *Discurso político* (2006), argumenta que hablar en la actualidad de discurso político significa “intentar definir una forma de organización del lenguaje en su uso y sus efectos psicológicos y sociales, en el interior de determinado campo de prácticas” (2006: 32). El objetivo declarado no es abordar un discurso particular (p. e. de derecha, de izquierda, fascista, democrático) para definir su especificidad, sino definir el dominio de la práctica social en el cual se mueve el discurso político y “poner en evidencia cuáles son las condiciones generales de emergencia y las estrategias que se ofrecen a todo actor político, cualesquiera que sean las ideas y las posiciones que defiende” (2006: 8-9). Las preocupaciones centrales de P. Charaudeau pasan por la naturaleza y el funcionamiento de la *palabra política*, en la medida en que ella se inscribe en una práctica social específica, circula en cierto espacio público y está vinculada con las relaciones de poder que allí se instauran. Su hipótesis es que el discurso político, aun cuando siga utilizando una combinación de las tres pruebas técnicas definidas por Aristóteles en su arte retórico (*ethos, logos, pathos*)<sup>9</sup>, se ha desplazado progresivamente “del lugar del *logos* hacia el del *ethos* y el del *pathos*, del lugar del sistema de los argumentos hacia el de su escenificación” (2006: 46). Este arte de la puesta en escena significa para Charaudeau que el discurso político se orienta a construir imágenes de los actores y a usar estrategias de persuasión y de seducción, empleando diversos procedimientos retóricos. Considerando que “cualquier enunciado, por

<sup>9</sup> En *El arte de la retórica*, Aristóteles afirma que el fin de la retórica es “encontrar en cada caso aquello que puede ser apto para persuadir” (2005: 17) y postula una lógica adaptada al sentido común: las proposiciones no deben ser necesariamente verdaderas sino verosímiles (2005: 95). Se trata de contar lo que el público cree posible aunque sea imposible científicamente, antes que relatar lo que es posible realmente, si ese posible es rechazado por la censura colectiva de la opinión corriente. Según su tratado, la técnica retórica comprende tres operaciones principales: *inventio, dispositio* y *elocutio*. Lugar de la invención o del descubrimiento, dentro de la *inventio* pueden distinguirse a su vez dos grandes vías probatorias: las pruebas técnicas y las pruebas extratécticas. Son técnicas aquellas compuestas metódicamente por el orador; son extratécticas aquellas que existen independientemente del arte del orador: por ejemplo, los testigos, las confesiones, los documentos.

más inocente que sea, puede tener un sentido político a partir del momento en que la situación así lo autoriza” (2006: 39), un discurso es político no por su contenido o por su dinámica de funcionamiento sino por la situación de comunicación en la que es enunciado.

Los argumentos de E. Verón y S. Sigal, y de P. Charaudeau, que convergen a grandes rasgos con los que J. J. Courtine (2006, 2009)<sup>10</sup> expone en sus últimos trabajos, evidencian la necesidad de ofrecer una definición del discurso político que resulte operativa para las investigaciones en curso y que tome en cuenta no sólo el marco plural de fuerzas políticas en pugna en las democracias contemporáneas, sino además el carácter mediatizado del espacio social, marcado por “flujos tecnológicos continuos de verbo, cuerpo y voz que constituyen las nuevas materialidades del discurso político” (Courtine, 2009).

Una definición de este tipo en las sociedades actuales demanda la consideración de ciertas dimensiones que podemos extraer de la puesta en común de las propuestas antes mencionadas: en primer lugar, la existencia de una economía discursiva trifuncional, que encuentra en la polémica una dimensión constitutiva de la palabra política; en segundo lugar, una progresiva preeminencia de las dimensiones *ethica* y *pathica*; en tercer lugar, la posibilidad de concebir el dispositivo enunciativo político como un proceso de *escenificación*, en el que la construcción de imágenes de sí y de los otros es decisiva en la confección de una identidad política más o menos homogénea que tienda a regular los procesos de adhesión y rechazo; por último, y en estrecha relación con los dos

<sup>10</sup> Heredero de M. Pêcheux, J. J. Courtine fue uno de los principales exponentes de la “Escuela francesa”. Su trabajo “Analyse du discours politique: le discours communiste adressé aux chrétiens” marcó uno de los puntos de estudio más fructíferos de esta corriente. Sus trabajos actuales, de una factura sin dudas singular, presentan numerosos puntos en común, no obstante, con las principales preocupaciones de la teoría de los discursos sociales. Para Courtine, como para E. Verón, dado que las condiciones históricas y teóricas cambiaron, el propio discurso político se transformó y exige una renovada atención a “las metamorfosis de los materiales discursivos significantes”. Por esa razón, no es posible realizar el mismo tipo de análisis cuando el orador se dirige a las masas reunidas, como era el caso de comienzos del siglo pasado, o por radio, como ocurría en los cuarenta o los cincuenta, que cuando estamos frente a lo que el autor denomina “discursividades líquidas”: flujos tecnológicos continuos de verbo, cuerpo y voz que constituyen las nuevas materialidades del discurso político.

últimos puntos, la dimensión *corporal* de la enunciación política, entendiendo el discurso político a la vez como “ente de palabra” (Verón, 1987) y como “presencia *carnal*” (Courtine, 2009): los estudios del discurso político tienen por delante la exigencia de inscribir el análisis de textos escritos y documentos públicos en la tarea de “deshacer los complejos dispositivos de palabras, imágenes y sonidos en los cuales esas formas inéditas ejercen la dominación política” (Courtine, 2009)<sup>11</sup>. Estas cuatro dimensiones de trabajo, que no resultan bajo ningún punto de vista definitivas ni excluyentes de otras contribuciones, ofrecen pistas para indagar las materialidades del discurso político en las sociedades contemporáneas, con el propósito de investigar sus especificidades genéricas, retóricas y estilísticas, así como las imbricaciones entre política, medios de comunicación y opinión pública.

El diálogo entre el análisis del discurso y las ciencias sociales resulta, en esta perspectiva, relevante para pensar las relaciones entre los fenómenos sociales, sus dimensiones ideológicas y los ejercicios de poder: desligados del análisis del discurso, los estudios sociales caen seguidos en el redundante arte de la trivialidad, desligado de las ciencias sociales, el análisis del discurso corre el riesgo de buscar –como bromea M. Edelman (1991)– “debajo del farol, donde la luz es buena, la moneda que uno sabe que ha perdido en un lugar oscuro de la calle”.

<sup>11</sup> En su ya clásico texto “La palabra adversativa”, E. Verón menciona a modo de conclusión parcial que la principal limitación de su esquema de análisis “reside en el hecho de que trata el discurso político como si éste fuera sólo un fenómeno de lenguaje, un ente de palabra” (1987: 24), y por esa razón dedica sus páginas finales al análisis del cuerpo enunciante entendido como materia significante. En *Metamorfoses do discurso político*, Courtine llama asimismo la atención sobre el poco interés concedido en el discurso político a aquello que excede los *corpora* escritos. El problema de este modo de estudio, según Courtine, consiste en la incapacidad o el desinterés de los analistas por concentrar su atención en las variaciones que la enunciación política ha tenido como resultado del dominio del aparato audiovisual de información. El mensaje político ya no es únicamente lingüístico, sino que se ha vuelto *collage* de imágenes y performatividad discursiva (Courtine, 2006: 84-5).

### 3. EL DISCURSO POLÍTICO EN LA ARGENTINA DE LA POSCRISIS. *ETHOS* Y GOBERNABILIDAD EN LAS ALOCUCIONES PÚBLICAS DE NÉSTOR KIRCHNER

*"En mi sentir prospera todo el que procede  
conforme a la condición de los tiempos,  
y se pierde el que hace lo contrario"*

**N. Maquiavelo**

*El príncipe, Cap. XXV*

*"...los hombres, en su proceder y mucho más en las acciones importantes,  
deben tener en cuenta los tiempos y acomodarse a ellos"*

**N. Maquiavelo**

*Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Libro III, Cap. VIII*

El análisis del discurso político ha demostrado ser una perspectiva de interés para quienes hacen de la política el núcleo de sus investigaciones. Esta segunda parte, en virtud de ello, tendrá por objetivo dar a conocer, de manera sintética, resultados de la tesis acerca de las relaciones entre *ethos*<sup>12</sup> y gobernabilidad en los discursos públicos del ex presidente Néstor Kirchner durante su primer año de gobierno.

Los argumentos a favor de una descripción del discurso político tal como la que realizamos en el apartado anterior –la economía trifuncional del discurso po-

<sup>12</sup> Por *ethos* referimos a la imagen de sí que construye el locutor en su discurso para ejercer influencia sobre su alocutario. D. Maingueneau elabora, con base en el término retórico, una definición de *ethos* que toma en cuenta no solamente el rol y el estatuto del locutor sino, además, la presencia de una voz y un cuerpo. Desde esta óptica, la eficacia retórica del *ethos* se basa en el hecho de que de cierto modo envuelve a la enunciación sin estar explicitado en el enunciado (Maingueneau, 1996: 78). Esta *envoltura*, que el propio Maingueneau prefiere definir en términos de *dispositivo enunciativo* (1996: 80), se despliega simultáneamente en los registros de lo *mostrado* y de lo *dicho*, movilizándolo todo aquello que contribuye a emitir una imagen del orador. Su tono de voz, su facilidad de palabra, su elección de las palabras y de los argumentos, sus gestos, su mirada, su postura son todos *signos éticos*. Para un desarrollo detallado de la categoría remitimos al capítulo "La noción de *ethos* y el estudio de la dimensión còrporo-gestual" en M. Dagatti, *Ethos y gobernabilidad. Los discursos públicos del ex presidente Néstor Kirchner durante su primer año de gobierno*, Tesis de Maestría en Análisis del Discurso, Universidad de Buenos Aires, 2010.

lítico y la importancia de la dimensión polémica, la progresiva escenificación de la enunciación política como instancia de cuerpo y palabra, y el papel de las imágenes de sí y de los otros en los procesos de identificación— encuentran en el estudio de la discursividad kirchnerista un fenómeno de importancia. La finalidad es poner a consideración un caso que permita ejemplificar la productividad de estas orientaciones analíticas para indagar acontecimientos políticos contemporáneos.

La investigación en torno a los discursos presidenciales del primer kirchnerismo<sup>13</sup> proporciona elementos para defender la tesis de que la adhesión a una fuerza e incluso a una figura política depende en gran medida de los dispositivos enunciativos que intervienen en la configuración de las imágenes que un enunciador político construye de sí y de sus destinatarios, con el propósito de resultar creíble y atractivo, y de movilizar en su favor una amalgama de sentimientos y valores, de modo tal que el ciudadano adhiera a ellos con entusiasmo, con relativa independencia de los proyectos y partidos políticos, las perspectivas económicas y los escenarios regionales e internacionales.

La pregunta por cómo las imágenes de sí que un presidente despliega en sus discursos públicos ofician como garantes de credibilidad e identificación de un proyecto político adquiere su real dimensión cuando se observa que resulta difícil encontrar un ejercicio de gobernabilidad que no ponga en escena un haz de aspectos comunes entre la figura presidencial y los colectivos sociales a los que interpela. La aprobación social de un dirigente obedece en gran medida a la *mostración* de cierta fisonomía que comparte con aquellos a quienes pretende representar: la construcción de liderazgo pone con frecuencia de manifiesto armazones ideológicas que subyacen y nutren la dinámica de formación de las identidades colectivas.

El estudio de las relaciones discursivas entre *ethos* y gobernabilidad en los discursos públicos del ex presidente forma parte de una investigación de

<sup>13</sup> “Primer kirchnerismo” es una manera de referirnos al primer año de gobierno de Néstor Kirchner. Con estudios todavía en curso, quizás sea posible extender esta denominación hasta las elecciones legislativas de 2005, cuando el kirchnerismo rompe sus relaciones con el duhaldismo en una disputa por el control del Partido Justicialista. Entendemos que este “primer kirchnerismo” presenta características singulares, una de las cuales es la pretensión de conciliar un ideario peronista y liberal, esto es, nación y república, sustentabilidad interna y calidad institucional, populismo y pluralismo, etc.

mayor extensión dedicada al estudio de las relaciones entre *ethos*, *pathos* e identificación política en los discursos públicos orales monologales que Kirchner realizó durante su gestión en la Presidencia de la Nación y como jefe del Partido Justicialista (PJ). Nuestra intención, en este caso, no será la de brindar un desarrollo analítico y mucho menos la de exponer acabadamente las dimensiones simbólicas e imaginarias del kirchnerismo; mencionaremos apenas algunos atributos en el orden del *ethos* que permitan pensar puntos de relación entre la Argentina de la poscrisis y la construcción de legitimidad del kirchnerismo como fuerza política. Para ello, la exposición pondrá a consideración los orígenes de la pesquisa, brindará un cuadro sumario de las representaciones sociales de la política argentina en la poscrisis y, por último, mencionará ciertos atributos del discurso kirchnerista que traslucen la lectura en reconocimiento de importantes reclamos sociales de aquella instancia particular, en vista de la construcción de una imagen pública favorable del jefe de Estado y, más en general, de la consolidación del kirchnerismo como fuerza política en ejercicio del gobierno.

La investigación, cuyos primeros bosquejos datan de 2005, encuentra sus raíces en dos sucesos. El primero, la relegitimación de la esfera política y de la figura presidencial durante el primer año de gobierno kirchnerista, después de un trienio signado por la crisis de representación política, la alta conflictividad social y la inestabilidad presidencial. La cuestión inicial pasaba por saber cómo había logrado Kirchner construir una imagen pública favorable que le diera márgenes singulares de gobernabilidad en una instancia en la que los ecos “antipolíticos” de 2001 y la “pasión restauradora” de 2002 confluían en un precario equilibrio (cf. Rinesi, 2004; Entel, 2006). El segundo, la configuración de un proyecto político en el que se daban cita tradiciones, imaginarios y actores sociales heterogéneos, cuya coexistencia distaba a primera vista de resultar pacífica y duradera.

La consolidación política del kirchnerismo y la heterogeneidad de las fuerzas que agrupaba nos hacían atender de manera repetida a los estilos públicos de conducción de Kirchner en su afianzamiento como líder político nacional. Por razones de esta índole, entendimos que el estudio de los *ethos* presidenciales guardaba alguna relevancia para reflexionar acerca de los modos de construir legitimidad en el diseño de un proyecto político, a los fines de comprender cómo las imágenes de sí que Kirchner desplegaba en sus alocuciones públicas daban le-

gitimidad a aquellos procesos de credibilidad e identificación que el kirchnerismo como proceso político pretendía llevar adelante para lograr gobernabilidad<sup>14</sup>.

### **3.1. ANALOGÍAS POLÍTICAS: REPRESENTACIONES DE LA POLÍTICA, POLÍTICA DE LAS REPRESENTACIONES**

La gobernabilidad en el primer kirchnerismo fue el resultado de factores diversos. El crecimiento de la economía argentina, ligado a una coyuntura internacional favorable, cuyos primeros indicios pudieron percibirse ya durante el interinato duhaldista; el nuevo escenario regional, signado por el llamado “giro a la izquierda” de los gobiernos latinoamericanos; la productividad conceptual y estratégica del peronismo como fuerza política, cuya matriz viraba hacia el otro extremo del arco ideológico que había caracterizado al menemismo, nutriéndose de raíces centroizquierdistas y mostrando una voluntad de corte respecto del rumbo neoliberal anterior (Arzadun, 2008: 95)<sup>15</sup>; el “tiempo de gracia” de los medios de comunicación masiva ante una nueva presidencia, el peso *imaginario* del resultado virtual del ballottage en la dinámica pos-electoral (Cheresky, 2008: 55); en fin, la sobrevivencia del primer kirchnerismo envuelve causas diversas y, con seguridad, entramadas, que hicieron de una fuerza por entonces en ciernes un proyecto a la sazón dominante.

Repasemos. El 25 de mayo de 2003, con un porcentaje apenas superior al 22% del sufragio y como resultado de la renuncia de Carlos Menem a participar de la segunda vuelta, Kirchner asume la presidencia de la República Argentina. Con la

<sup>14</sup> Entendemos por gobernabilidad o gobernanza un tipo de discurso dominante en las democracias contemporáneas, cuyo acento está puesto en el grado de eficacia y legitimidad que las instituciones de gobierno poseen para actuar dentro del espacio público de un modo considerado válido por los ciudadanos. El discurso de la gobernabilidad, entendido en estos términos, resulta funcional a una recomposición de la articulación hegemónica entre democracia y mercado en la Argentina de poscrisis, que considera como natural y a-histórica la relación entre el gobierno del *demos* y el goce del capital.

<sup>15</sup> En la reedición de “Peronismo y cultura de izquierda” (2011), C. Altamirano menciona, a propósito del kirchnerismo, “el reencantamiento ideológico con la política” de ciertos sectores de izquierda que lo ha llevado a suprimir el epílogo escrito para la edición anterior del libro, según el cual veía clausurada la asociación entre peronismo y transformaciones sociales progresistas.

sombra todavía reciente del estallido social de diciembre de 2001, la renuncia del entonces presidente Fernando De la Rúa, la asunción y renuncia sucesiva de cuatro jefes de Estado en una semana y la posterior asunción sin elecciones de Eduardo Duhalde, Kirchner toma el cargo con la consigna de revertir las principales consecuencias políticas, económicas y culturales del modelo conservador neoliberal, a saber: destrucción de la estructura productiva, exclusión social, concentración y centralización de riqueza, fuga de capitales, privatizaciones, corrupción, impunidad, desempleo masivo y pobreza generalizada<sup>16</sup>.

La crisis de 2001 fue –según P. Gerchunoff y L. Llach (en Botana, 2006:191)– “la retracción productiva más prolongada y profunda de la Argentina desde que existen registros”. Pudo apreciarse, como resultado, la confluencia de demandas insatisfechas de todo tipo y sector: cacerolazos en Barrio Norte, manifestaciones de piqueteros en el microcentro, marchas y asambleas estudiantiles multitudinarias, protestas rurales, manifestaciones en las principales rutas del país, saqueos masivos en los mayores centros urbanos. El alto grado de movilización e insatisfacción social dejaba presagiar un quiebre definitivo de los modos de representación y de la concepción de la democracia como gobierno delegativo. “¡Qué se vayan todos!” era la consigna más escuchada.

Los conflictos sociales que imperaron en los primeros años del nuevo siglo hacían difícil prever que el 27 de abril de 2003 se desarrollarían elecciones presidenciales con una alta tasa de participación y con un porcentaje de votos en blanco y anulados en el nivel más bajo en veinte años. El “¡Qué se vayan todos!” había resultado –al decir de B. Sarlo (en Natanson, 2004: 51)– “un síntoma, no un programa”. A pesar de la vitalidad de las asambleas populares, del movimiento de desocupados y de las fábricas ocupadas, y de los amplios

<sup>16</sup> Algunos datos muestran el grado de seriedad de la situación social del país: el desempleo abierto supera, en 2002, el 20% de la población activa, el PBI ha declinado en una tasa anual de 16,3% durante el primer trimestre de 2002. Los salarios reales bajaron 18% durante el transcurso de ese año. Las tasas de pobreza y de indigencia llegaron a niveles nunca antes vistos: los datos del gobierno indican que el 53% de los argentinos vivía debajo de la línea de pobreza, siendo el 25% de la población indigente. Entre 1998 y 2002, se elevó la pobreza extrema en 223% en la Argentina. Un hecho único en un espacio de tiempo tan reducido. En 2001, la participación de los trabajadores en el PBI cayó a su nivel más bajo de la historia argentina. Véase al respecto J. Vadell (2006) “A política internacional, a conjuntura econômica e a Argentina de Néstor Kirchner”, en *Revista Brasileira de Política Internacional*, enero-junio, año/vol. 49, número 1, pp. 194-214. Brasília: Instituto Brasileiro de Relações Internacionais.

sectores participantes, las redes comunitarias no alcanzaron a convertirse –como lo explica C. Castillo, (2003:2)– en “una real alternativa de poder”, permitiendo a las fuerzas dominantes, en particular al peronismo bonaerense, canalizar el “síntoma” y emprender la reestructuración del sistema político. El resultado del sufragio nacional ilustró en gran medida las mutaciones de la representación política y del funcionamiento interno de los partidos: ninguno de los presidenciables superó el 25% del total de electores y, sin embargo, entre los tres candidatos justicialistas superaron el 50% del sufragio. Fueron las elecciones presidenciales signadas por la mayor dispersión del voto de la historia.

La escasa legitimidad del gobierno, sumada a la situación de poscrisis, colocaban a Kirchner en la encrucijada de la gobernabilidad, en la necesidad imperiosa de lograr un “consenso *a posteriori*” (Cheresky, 2003). Menos de un año después, a principios de 2004, el presidente superaba el 70% de imagen positiva<sup>17</sup>. ¿Qué

<sup>17</sup> Un estudio de la consultora Zuleta Puceiro mostró que después de la primera semana de gobierno Kirchner registraba una imagen positiva inédita para un presidente: el 92 por ciento de las personas lo evaluó como bien o muy bien y nadie –cero por ciento– lo calificó con un mal o muy mal (*Página/12*, 01/06/03). La consultora Equis, de Artemio López, publicó otra encuesta en la que tres de cada cuatro argentinos consideraba positiva la gestión del gobierno y apenas cuatro de cada cien personas tenían una mala imagen (*Página/12*, 15/06/03). Prácticamente un año más tarde, el matutino *La Nación* publicó una encuesta de la consultora Ipsos-Mora y Araujo que indicaba que las opiniones favorables sobre Kirchner se mantenían en un nivel alto –un 63 por ciento– y que tan solo el 11% de los encuestados lo calificaba en forma negativa, es decir, era uno de los niveles de rechazo más bajos de los últimos 20 años en la Argentina (*La Nación*, 16/07/04). El diario *Clarín* también mostraba altos índices de aceptación popular de la gestión kirchnerista, especialmente del presidente. Reproducimos algunos extractos: “La gestión global sigue bien” (Sección Política, 30 de noviembre de 2003): “Según la misma encuesta de la consultora Equis, la gestión de Néstor Kirchner tiene una imagen positiva del 70,2 por ciento. (...) Al comparar a Kirchner con los gobiernos anteriores, la gente sostiene que es mejor que el de Duhalde (70%), el de De la Rúa (95%), las dos presidencias de Menem (60,9 y 86,8%) y la gestión de Alfonsín (60,9%). (...) Según la encuesta, si se repitiera la elección presidencial con los mismos candidatos, Kirchner sacaría el 61,1 por ciento de los votos y no el 22 por ciento que obtuvo en abril”; “Los Kirchner, al tope de las preferencias de la gente” (Sección *El País*, 1 de diciembre de 2003); “Lo que dicen las encuestas” (Sección *El País*, 8 de diciembre de 2003): “Al cabo de seis meses en el poder, Néstor Kirchner conserva un elevado índice de imagen positiva y aventaja a sus antecesores desde la vuelta de la democracia, en 1983. Según datos del Centro de Estudios Nueva Mayoría, Kirchner tiene el visto bueno del 70% de la población. En igual período de gestión, y siempre según esta consultora, a Raúl Alfonsín lo apoyaba el 69%, a Carlos Menem el 65% y a Fernando de la Rúa el 61%. (...) La consultora Equis le adjudica la mayor imagen positiva a Kirchner: 82,5%. Y señala que para el 70 por ciento su primer trimestre fue mejor que el de Duhalde”.

había sucedido?, ¿cómo había sido posible que “el presidente inesperado” (cf. Natanson, 2004) construyera una imagen positiva tan amplia en pocos meses?

El suceso de opinión pública está ligado, desde nuestra óptica, con las imágenes que Kirchner ofreció de sí, construyendo un estilo personal de gobierno “conforme a la condición de los tiempos”. Para A. Borón, el estilo “radicalmente plebeyo, desenfadado y alejado de todos los convencionalismos” de Kirchner “no puede sino generar una fuerte corriente de simpatías hacia su persona” (2005:47). L. Quevedo definió el estilo presidencial como una ruptura con “ese pasado [el menemista] basado en la apariencia, las imágenes o la construcción publicitaria” y como una conexión “con otra cultura política y con otra historia” (en Natanson, 2004:14). El crecimiento favorable de su figura pública, la interpe-lación de amplios y heterogéneos sectores de la esfera pública y las sensaciones muchas veces encontradas que despertó en gran parte de los argentinos pueden ser cabalmente comprendidos si aceptamos la idea de que los *ethos* presiden-ciales operan como factores significativos de la gobernabilidad kirchnerista.

Los *ethos* kirchneristas dicen mucho acerca de lo visible y lo enunciable políticos en la poscrisis argentina. “¡Qué se vayan todos!” era la condensación de un conjunto de representaciones y discursos finiseculares acerca de la política y de la “clase política” en particular; era, asimismo, una respuesta acerca de las promesas de la democracia como sistema político y de la identidad argen-tina como “comunidad imaginada” retrospectiva y prospectivamente<sup>18</sup>. En un sentido, la sublevación popular dejaba a las claras el contraste *imaginario* entre una descripción del estado del país y una concepción ontológica y deontológica de la nación que V. Armony (2004) sintetizó acabadamente en el tópico de “la promesa incumplida”, esto es: ¿por qué la Argentina nunca ha conseguido estar al nivel de sus propias expectativas como país? Por otro lado, el contras-te cobraba real dimensión a partir de una concepción *disfórica* de la política que era retroalimentada diariamente por la prensa. Según este pensamiento

<sup>18</sup> Según Etienne Balibar (en Briones 1994: 115), “la formación de la nación aparece como la culminación de un proyecto en el que hay diferentes estadios y momentos para la auto-conciencia, momentos que ‘calzan’ en un patrón semejante de auto-manifestación de la ‘personalidad nacional’. ‘Proyecto’ (es decir, el paso entre gene-raciones de una substancia invariante) y ‘destino’ (el concebimos como la culminación de un proceso que se ve como el único posible) son las dos figuras simétricas de la ilusión creada por la idea de identidad”.

fuertemente “antipolítico”, la política era un espectáculo, una frivolidad, un hecho *mediático*, ostentosamente televisivo; también, una esfera por definición espuria, entramada por prácticas ligadas a la corrupción y la especulación; aun, una elite distribuida en partidos políticos que operaba como una oligarquía elegida por las urnas, menos preocupada por el bienestar general que por el enriquecimiento personal. La definición de los políticos no era, en este sentido, menos taxativa: los asuntos del Estado estaban en manos de burócratas o ladrones, príncipes o profetas, vivos o bobos, mafiosos o payasos; una casta de “traidores a la Patria” que bajo “distintos gobiernos” sostenían “la misma represión, la misma impunidad, el mismo hambre” (cf. Nieto, 2007)<sup>19</sup>.

Los discursos políticos resultan, a la vez que fenómenos de producción de sentido, instancias de reconocimiento de la circulación semiótica de los fenómenos sociales. Por esta circunstancia, el éxito público de una gestión depende en gran medida de su capacidad para articular discursivamente las demandas que una sociedad realiza. No debería llamar la atención, por lo tanto, que los discursos públicos de N. Kirchner durante sus primeros meses de gestión exhibieran en su diagnóstico y en su programa un marcado “parentesco de símbolos” con la sintomática finisecular. La “refundación” que sus discursos postulaban como solución definitiva para “los males de la Patria” significaba a la vez la constatación de una memoria colectiva, en la que latían al unísono los ecos de los conflictos sociales recientes y los jirones de un imaginario ontológico y deontológico nacional, y la proposición de un horizonte común que encontraba en esta constatación su punto de partida. La cultura del trabajo, las banderas generacionales, el contacto directo, la militancia con sus convicciones, sueños e ideales postergados, la transparencia, la sinceridad, la racionalidad, la humildad, el valor de la familia, la pluralidad, la tolerancia, el consenso, los derechos humanos, la crítica a la impunidad y la corrupción definen el universo semiótico de los primeros discursos y configuran las redes de sentido en las que el líder como garante debería reconocerse y hacerse reconocer.

<sup>19</sup> Los segmentos entrecorridos de la última frase fueron extraídos de un registro fotográfico realizado por Ma. Laura Nieto para su texto “Pasajes”, publicado en la compilación *Piquete de ojo. Visualidades de la crisis: Argentina 2001-2003*, realizada por María Ledesma y Paula Siganevich. El registro compendia un número importante de grafitis, pintadas, estenciles y otras manifestaciones gráficas que tuvieron lugar en las calles de Buenos Aires en los meses siguientes al 19 y 20 de diciembre.

### 3.2. EL LÍDER IMAGINADO. LA CONSTRUCCIÓN DE LIDERAZGO COMO GARANTÍA DE LOS UNIVERSOS IMAGINARIOS DE LA POSCRISIS

Los *ethos* de un líder político tienen un peso determinante en la configuración y afianzamiento de una identidad colectiva. Su figura opera como un punto nodal de esas redes imaginarias, interviniendo como factor decisivo de crédito e identificación: las personas que participan en la política representan para los otros observadores ideologías, posturas morales y se convierten –como afirma M. Edelman, (1991: 8)– en “modelos de rol, puntos de referencia o símbolos de amenaza y maldad”.

Los discursos públicos de Kirchner en el período 2003-2004 (en adelante, DK) celebran formas colectivas de interpelación que tienen a la identidad nacional, a la democracia y al capitalismo como siluetas destacadas. Es posible argüir, por lo tanto, la idea de que la definición de esta “comunidad imaginada” y de este régimen político encuentra en las figuraciones del *ethos* presidencial una encarnación de los ecos en conflicto de heterogéneas tradiciones y experiencias políticas: las alocuciones kirchneristas dejan atisbar el intento por oficiar, a la salida de una crisis capitalista que parecía haber destruido todo entramado comunitario y socavado todo crédito a las instituciones de la república, una reconciliación entre capitalismo, democracia y nación. La gama de significados que la imagen presidencial despliega verbal y corporalmente tiende a hacer legítima la convivencia de distintos imaginarios políticos, tradiciones institucionales y populares, y corrientes del pensamiento que “la refundación” kirchnerista defiende como ficción ontológica y deontológica de una Argentina capitalista *paradójicamente* nacional y democrática.

El análisis del DK permite subrayar que el kirchnerismo como *discursividad* reconoce las críticas a la política y a los políticos (en resumen, las críticas en torno a los tópicos de la “política-espectáculo”, la “política-negociado” y la “política-burocracia”) como demandas de una política de convicciones y valores, regida por la mayor supresión posible de las mediaciones y asimetrías en el ejercicio del vínculo representativo. Estas operaciones de reconocimiento, que encauzan retroactivamente las críticas sociales y organizan el campo de las demandas insatisfechas *por satisfacer*, extienden en Kirchner la estampa de un estadista que erige su legitimidad mostrándose a sí mismo como *hombre común*

y *militante*, a igual distancia de los hombres excepcionales y de los burócratas de oficina, de los frívolos “sentados en cómodos sillones” y de los arribistas obsecuentes, en la búsqueda de garantizar una política *inmediata*, por fuera de las estructuras políticas tradicionales y los medios de comunicación. Los dos fragmentos que siguen ilustran adecuadamente esta afirmación:

Por eso, hermanos y hermanas, no les vengo a pedir que me sigan, ya vimos lo que nos pasó. (...) somos simplemente hombres comunes con responsabilidades importantes. Porque es cierto también que nos ha pasado a los dirigentes políticos, que cuando juramos, al otro día nos entramos a poner serios, cerramos la puerta del despacho y creemos que somos estadistas elegidos por mano y obra del espíritu divino que nos ha puesto en ese lugar. Y nos olvidamos que somos iguales que todos nuestros hermanos, lo único es que tenemos un trabajo distinto por un período de tiempo y que tenemos que responder muy bien porque si no evidentemente no se van a acordar con mucho agrado de nosotros en el futuro. (DK, 27 de junio de 2003)

Yo que he sido un militante político toda la vida, que siempre estuve comprometido; honestamente sería una falta de respeto a mis amigos radicales y justicialistas, compañeros de toda la vida, que yo, que me han votado para gobernar el país, venga a tratar de estar con la vieja costumbre de la dirigencia nacional, tradicional, de la “dedocracia”. Toda la vida luché desde Santa Cruz contra la “dedocracia” y todo lo demás. Yo vine a trabajar con los radicales, con los peronistas, con los socialistas, con los independientes, con todos. (DK, 27 de junio de 2003)

La imagen del estadista, racional y auténtica, es modulada por los “mundos éticos” del hombre común y del militante. Estos tipos sociales, labrados por estereotipos y tópicos que circulan socialmente, funcionan como clivajes axiológicos de identificación, en torno a valores como la honestidad, la simpleza, el esfuerzo, las convicciones, los ideales, entre otros. Son operadores de conmutación que posibilitan el intercambio fluido de significantes entre corrientes y tradiciones diferentes, incluso a menudo enfrentadas, como por ejemplo el liberalismo y el peronismo.

Así, el *ethos* de “hombre común” que concierne ciertas “zonas” del DK

dispone en Kirchner al garante de una cultura política horizontal y realista, alejado de la imagen de los profetas y los frívolos: la reprobación de los “líderes predestinados”, “los grandes señores” y “los mesiánicos”, y la condena repetida a “los enunciados altisonantes” y “las palabras difíciles” en defensa del “hecho que se pueda palpar” conviven en la discursividad kirchnerista con la ostentación de una figura que les habla a sus “iguales” en la búsqueda de una relación simétrica, de marcado corte fraternal.

La figuración del “hombre común” codifica, mediante su consubstanciación con el trabajador, la memoria de “una cultura del trabajo” cuyos trazos remiten al modelo *imaginario* de bienestar del peronismo clásico<sup>20</sup>: la “refundación” que el kirchnerismo postula como condición del cambio de época remite en numerosos pasajes de sus discursos a la recuperación de la mítica Argentina del bienestar, en la que, como el propio Kirchner afirma, “los trabajadores eran el corazón vivo de la Patria” y “los hijos estaban mejor que los padres”. La definición del “argentino medio” en torno al trabajo y el hogar, y los valores que el trabajo como tópico articula (p. e. honestidad, seriedad, esfuerzo, humildad, sencillez) operan en el DK como catalizadores de una identidad colectiva que es menester recuperar.

La garantía de este “mundo ético” para hombres comunes opera, además, en la mostración de un tono popular cuyo léxico abunda en expresiones coloquiales de variada procedencia y calibre que el humor y la ironía a menudo dosifican; un habla en apariencia directa y sin pliegues, estrictamente referencial, acompaña los enunciados; significantes del tipo “patria”, “pueblo” y “lealtad” le confieren el aire de una época añorada, un cuerpo marcado por las imperfecciones, el des-arreglo, el esfuerzo y la afectividad organiza con las palabras los aires *populares* del orador. El ensayo de un lazo horizontal, con prescindencia por todo aquello que pueda sugerir exclusividad o experticia, domina las alocuciones. La imagen presidencial del “hombre común” irradia en torno suyo un mundo en el que el político debe ser concebido como un trabajador y un hermano.

A diferencia del “hombre común”, el *ethos* de militante tiene por características figurativas la puesta en escena de ciertos valores como la convicción, la

<sup>20</sup> Véanse al respecto el *Diccionario del peronismo*, realizado por A. Poderti (2010), y *Sueños de bienestar en la Nueva Argentina. Estado y políticas públicas durante el peronismo (1946-1955)*, compilado por P. Berrotarán, A. Jáuregui y M. Rougier.

pluralidad, “la libertad de consensos”, la tolerancia y el “poder pensar diferente”, definiendo una ética democrática que fluctúa entre el pluralismo republicano y el espíritu agorístico de las asambleas: el valor de las verdades relativas no va a la zaga en el DK de la quimera del contacto directo y sin intermediarios entre el líder y el pueblo<sup>21</sup>. Los aires militantes en Kirchner son el resultado, además, de una memoria generacional, con elecciones léxicas que remiten a un registro setentista entre utópico y bélico, en el que predominan significantes como “sueños” e “ideales”, y metáforas del tipo “lucha”, “estrategia”, “batalla”. Una retórica lingüística y cóporo-gestual de la anáfora y la *gradatio* confieren a esta dimensión semántica una multiplicidad de caminos perceptivos.

Con omisión de las luchas por el “socialismo nacional”<sup>22</sup>, las imágenes de sí del militante implican en el DK no sólo un modo de encauzamiento del espíritu “antipolítico” que promediaba la escena nacional en la poscrisis, sino la defensa de una democracia finalmente plural y tolerante, que se enfrenta en los argumentos a una concepción del neoliberalismo como sistema democrático ortodoxo y uniforme: fue Kirchner quien dijo en la celebración del 79<sup>mo</sup> aniversario de la Cámara Argentina de la Construcción que “hablando de liberalismo económico aplicaron las medidas más dirigistas que la Argentina recuerde desde hace mucho tiempo” (DK, 11/12/03). El espíritu de la militancia funciona en la lógica discursiva del kirchnerismo en el sentido de reivindicar un modo de praxis política fundada menos en partidos políticos que en convicciones, pero además en el patrocinio de un modelo de democracia plural y racional, en las antípodas del “fundamentalismo de mercado” y de la “irracionalidad” que adjudica al neoliberalismo. El DK entrevé en los postergados reclamos de la militancia setentista la defensa de “una Patria con pluralidad y consenso” (DK, 11/03/04),

<sup>21</sup> En una entrevista reciente con motivo de la aparición de *Papeles en el tiempo* (2011), E. Verón adjudica la búsqueda de un contacto directo con el pueblo a una tendencia “neo-populista” que ve en los medios de comunicación un “obstáculo”. Véase “Es necesaria una reapropiación de la política por los medios informativos”, en Revista *Ñ*, sábado 24 de noviembre de 2011.

<sup>22</sup> En *Peronismo y cultura de izquierda*, C. Altamirano (2011: 11) apunta en esta dirección cuando afirma que la mención de “los ideales” de la cultura política de la militancia setentista en el kirchnerismo no evocan “ni la idea de revolución ni el socialismo nacional”.

en la que los valores, antes que las estructuras, y el diálogo público *inmediato*, antes que la distancia representativa mediatizada, son decisiones de peso.

Los *ethos* de “hombre común” y militante que el DK confecciona en sus *performances* públicas regulan el modo de configuración de la gobernabilidad kirchnerista, trayendo a colación capas imaginarias que satisfacen las condiciones de enunciabilidad política en la Argentina contemporánea y enfatizan, al mismo tiempo, los procesos de identificación que el kirchnerismo procura lograr en su afán de legitimación. Justicia, ascenso y movilidad sociales; pluralidad, verdades relativas y diversidad, realismo, racionalidad y consenso, ideales, convicciones y sueños integran el florilegio de nociones de largas tradiciones políticas que el discurso kirchnerista ha pretendido enarbolar como fundamentos de un proyecto nacional y democrático en la recomposición del capitalismo vernáculo. La manera en que el DK interpreta las corrientes democráticas del liberalismo republicano y el imaginario nacional del peronismo ofrece como resultado la defensa de un “capitalismo en serio” integrado al capitalismo global, que sustente, no obstante, formas mínimas de una comunidad nacional y republicana. El “capitalismo nacional” aparece en el kirchnerismo como un ensayo por *viabilizar* una alianza entre capitalismo, democracia y nación, a la salida de una crisis que parecía *a prima facie* haber demostrado con suficiencia la imposibilidad fáctica de esta alianza; este es, en síntesis, el horizonte que el kirchnerismo deja vislumbrar como fuerza política en la particular instancia de poscrisis nacional y que Kirchner como figura nodal pretendía garantizar.

#### 4. PALABRAS FINALES

El propósito de este trabajo ha sido reflexionar acerca de la vocación *transdisciplinaria* de los estudios del discurso como dominios de investigación. Con énfasis en el análisis del discurso político, la intención fue reivindicar el rol de estas perspectivas de trabajo en el estudio de las sociedades contemporáneas. Ofrecimos, para ello, el ejemplo de una investigación que, adscripta en las tendencias francesas de análisis del discurso y en diálogo con los aportes de la teoría de los discursos sociales, tuvo por objetivo general reflexionar acerca de

las relaciones entre *ethos* y gobernabilidad en el primer kirchnerismo. El estudio de los discursos públicos del ex presidente Kirchner resulta pertinente, desde nuestra perspectiva, para señalar la importancia del análisis del discurso político, y del análisis del discurso en general, como perspectiva válida de aproximación al conjunto de prácticas sociales: las interdeterminaciones entre las experiencias sociales de la última década y las condiciones productivas de los discursos políticos permiten entrever el potencial heurístico del diálogo interdisciplinario.

Inicialmente, el escrito proporcionó un panorama del análisis del discurso como campo de saberes y centró su descripción en el análisis del discurso político, trazando una filiación entre las investigaciones de la “Escuela francesa” y las consideraciones actuales en torno a la palabra política y sus múltiples dinámicas de circulación. Los aportes de los estudios del discurso permiten a las ciencias sociales avanzar en direcciones inexploradas y considerar nuevas dimensiones teórico-metodológicas para el tratamiento de las materialidades discursivas. La puesta a punto de una definición operativa del discurso político, que tiene su asidero en una concepción epistemológica de la noción de discurso, ocupó la parte final de las proposiciones. La segunda mitad del texto tuvo por finalidad exponer algunos resultados de una investigación personal en torno al discurso político kirchnerista, tomando en cuenta los interrogantes iniciales, una descripción de las representaciones políticas de la poscrisis y el modo en que éstas fueron retomadas en los discursos públicos presidenciales, con el fin de generar una articulación eficaz entre las demandas de época y la sustentabilidad del nuevo proyecto político.

El artículo, de esta manera, ha buscado argumentar que el estudio de los procesos políticos, sea cual fuere la cantidad y calidad de las investigaciones realizadas en los campos de la sociología, la comunicación o las ciencias políticas, encuentra en el análisis del discurso una orientación de trabajo que permite ir más allá de los límites de una concepción meramente *dóxica* de las palabras y cuerpos en pugna: caer en la crítica del “doble discurso”, la sobreactuación o la retórica engañosa de la palabra política sería desconocer que el campo de efectos posibles de los discursos excede cualquier atisbo de determinismo, voluntad o manipulación. Así como el análisis de los discursos políticos debe tener en cuenta la inscripción de los discursos en una cierta racionalidad gubernamental y en un contexto nacional, regional y global, no menos cierto es

que, en el campo de los estudios sociales, es preciso iluminar desde una nueva óptica los avatares de cualquier proceso político, por caso el kirchnerismo, evitando ciertos “giros fácticos” que hacen del entramado simbólico-cultural de un proceso político un *ornamento* de gestión, desconociendo la importancia de la dimensión discursiva en la construcción de una identidad colectiva.

Las ciencias sociales deben tomar a su cargo la importancia epistemológica y metodológica de una confluencia definitiva con los legados discursivos y semióticos. De la misma manera que resulta ingenuo pensar que un proyecto político es “progresista”, “revolucionario” o “de izquierda”, porque se declare o se muestre como tal, resulta también impropio reducir los procesos simbólicos a *manipulaciones en última instancia*, ya que los efectos de éstos coinciden muy pocas veces con los programas u objetivos diseñados, generando nuevos usos y nuevos fines que replantean las relaciones existentes. Las tradiciones, los imaginarios y las memorias con los que cada discurso se afilia definen, en su afán retrospectivo y prospectivo, un marco de operaciones posibles, un campo de efectos de sentido y lazos de identificaciones y antagonismos disímiles, como también exigencias, expectativas, esperanzas, decepciones y compromisos diferentes. Las sociedades forjan su horizonte no meramente en aparatos institucionales o dispositivos legales, sino en discursos que –si atendemos la célebre frase de M. Foucault (1971)– son “aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha”. El análisis del discurso deviene, en este sentido, una de las armas de la crítica para devolverle a las palabras y los cuerpos la aspereza de luchas históricas que el uso ha desgastado.

## 5. BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, C.** (2011) *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Aristóteles** (2005) *El arte de la retórica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Armony, V.** (2004) *L'énigme argentine*. Montreal: Athéna.
- Arzadun, D.** (2008) *El peronismo. Kirchner y la conquista del reino*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Borón, A.** (2005) "Reflexiones en torno al gobierno de Néstor Kirchner", en *Periferias*, n. 12, pp. 45-61. Buenos Aires: Clacso.
- Botana, N.** (2006) *Poder y Hegemonía. El régimen político después de la crisis*. Buenos Aires: Emecé.
- Briones, C.** (1994) "Con la tradición de las generaciones pasadas gravitando sobre la mente de los vivos: Usos del pasado e invención de la tradición", en *Runa*, n. 21; Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Castillo, C.** (2003) "Las insuficiencias del proceso de diciembre de 2001 y los límites en la reconstitución del régimen político capitalista", en *Argumentos*, n. 3.
- Charaudeau, P. & Maingueneau, D.** (dir.) (2005) *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Charaudeau, P.** (2006) *Discurso político*. São Paulo: Contexto.
- Cheresky, I.** (2003) "En nombre del pueblo y de las convicciones: posibilidades y límites del gobierno sustentado en la opinión pública", en *Postdata*, n. 9.
- (2008) *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: Clacso, Manantial.
- Courtine, J. J.** (2009) "Prólogo", en Piovezani, C. *Verbo, Corpo e Voz: dispositivos de fala pública e produção da verdade no discurso político*. San Pablo: Editora Unesp.
- (2006). *Metamorfoses do discurso político. Derivas da fala pública*. São Carlos: Claraluz.
- Edelman, M.** (1991) *La construcción del espectáculo político*. Buenos Aires: Manantial.
- Foucault, M.** (2004) *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo.
- Maingueneau, D.** (1996) "El ethos y la voz de lo escrito", en *Versión*, n. 6, México. pp. 78-92.

————— (1993) *Novas Tendências em Análise do Discurso*. San Pablo: Unicamp/Pontes.

**Natanson, J.** (2004) *El presidente inesperado*. Rosario: Homo Sapiens.

**Sigal, S. & Verón, E** (2004) *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.

**Verón, E.** (1987) "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política", en Verón, E. et. al. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette; pp. 11-26.

#### **DAGATTI, MARIANO**

"Aportes para el estudio del discurso político en las sociedades contemporáneas. El caso del kirchnerismo", en: **DE SIGNOS Y SENTIDOS / 13**. Santa Fe, Argentina: ediciones UNL. Año 2012, pp. 52-82.